

EL REGRESO DE RUSIA AL MEDITERRÁNEO

Luis ROMERO BARTUMEUS
Máster en Paz, Seguridad y Defensa



USIA no ha tenido nunca, porque su geografía así lo determina, un gran poder naval. Pero sí ha sido la mayor potencia continental del mundo, según Robert D. Kaplan, desarrollando en el pasado una potente fuerza de protección de sus submarinos estratégicos. La carencia de portaviones de gran capacidad de despliegue en el tiempo —que solo puede proporcionar la propulsión nuclear— y de proyección del poder naval —dado que su única unidad no puede transportar más de una docena de aeronaves de ala fija— así lo demuestran. Esa proyección sobre tierra no fue nunca una de sus prioridades.

Para Mackinder, el gran temor de Rusia siempre fueron sus enemigos terrestres, y según Mahan, las potencias continentales se sienten constantemente inseguras, ya que, sin mares que las protejan, siempre están en inferioridad.

Sin embargo, en el actual conflicto sirio, donde Rusia decidió actuar directamente en apoyo de su aliado el presidente Al-Assad, sus fuerzas navales han tenido una clara intervención desde el Mediterráneo y el mar Caspio, realizando ataques contra objetivos terrestres a media distancia con misiles de crucero Kalibr. El traslado del único portaviones de su lista de buques, el *Almirante Kuznetsov*, desde el mar de Barents hasta las costas sirias, atravesando el estrecho de Gibraltar, fue más un gran esfuerzo de imagen que de poder naval real, aunque de este despliegue sacaran relevantes lecciones.

Aunque su estancia fue de unos pocos meses, la presencia del *Almirante Kuznetsov* y sus escoltas en el Mediterráneo reavivó el interés por el retorno de Rusia al *Mare Nostrum*.

Vladimir Lukin —que fuera embajador ruso en Estados Unidos de 1992 a 1994 y antes presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Soviet Supremo de la URSS y que después ocupó el mismo cargo en la Duma Estatal— dejó escrito en 2015 que «Rusia y Occidente se encuentran de nuevo en un momento de grave enfrentamiento». No parece que a día de hoy la situación

haya mejorado mucho. Incluso se preguntaba, hace solamente un par de años, si nos encontramos en un contexto de nueva Guerra Fría.

Lo cierto es que después de que en los años posteriores al desmantelamiento de la URSS se produjera un retroceso presupuestario en todos los ámbitos, incluido el de las Fuerzas Armadas, el presidente Putin se ha propuesto no dejar pasar más tiempo para modernizar, en la medida de sus posibilidades, el sector de la Defensa. Y en el aspecto naval, aunque a un ritmo menor del que sin duda desearía, también quiere incorporar nuevas unidades a su lista de buques. Si pretende, como afirma su estrategia naval, retomar sus flotas permanentes en varios mares del mundo, esa modernización se presenta inevitable e imprescindible.

En 2011 se puso en marcha un ambicioso programa de adquisición de armamento (SAP-2020), alentado por el buen momento económico que venía impulsado por un elevado precio del gas y del petróleo, del que Rusia es el segundo exportador mundial. El programa afecta a todas las ramas de sus Fuerzas Armadas, beneficiando especialmente a su despliegue de armas estratégicas. La clara intención del presidente Putin es que se vuelva a considerar a Rusia una potencia global, cosa que hasta el anterior presidente de Estados Unidos negaba en público.

Regreso tras veinte años de ausencia

Tras la desaparición por colapso de la URSS y de lo que representaba, con el desmoronamiento del bloque soviético y la aplicación a los países que durante décadas habían estado bajo la égida de Moscú de la denominada Doctrina Sinatra (cada país evolucionará a su manera), todo cambió en términos de seguridad.

Uno de los escenarios en que la nueva Rusia dio un paso atrás, casi una carrera marcha atrás, fue el Mediterráneo. Este mar, que baña el flanco sur de la OTAN, todo el norte de África y las costas de los países más occidentales de Oriente Medio, además del acceso al canal de Suez, había sido un escenario secundario durante la Guerra Fría, pero sin duda se habría tornado relevante si se hubiera producido un enfrentamiento efectivo entre las dos superpotencias.

En 1973, coincidiendo con la Guerra del Yom Kippur, la V Eskadra soviética, que desde 1965 pretendía discutir a la VI Flota norteamericana su pleno dominio de este mar, llegó a sumar 96 unidades navales en presencia. Ese casi centenar de buques de guerra influyó en dicha crisis, aunque no de forma decisiva, dado que tras la misma el acercamiento de Egipto a Occidente e Israel se hizo evidente, culminando con los Acuerdos de Camp David de 1978 y la salida de los buques soviéticos de los puertos egipcios de Marsa Matruh, Port Said y Sollum. La ausencia de fondeaderos suficientes y seguros

en el Mediterráneo para dicho despliegue siempre fue el auténtico punto débil del mismo, aunque tras tener que dejar los primeros amarres en Albania (1961), en un momento determinado llegó a contar con atraques, además de en Egipto, en Argelia, Libia y Yugoslavia, consiguiendo solo mantener de forma permanente y sólida, hasta hoy, una base logística en Siria.

Cuando la URSS implosiona en diciembre de 1991 la V Eskadra, muy reducida en efectivos desde principios de los años 80 del siglo pasado, deja de existir y con ella la presencia de la Flota rusa en el Mediterráneo.

Como sucediera durante la Guerra Fría, si la URSS quería ser considerada como una gran potencia, su presencia en el Mediterráneo resultaba imprescindible, aunque solo fuera para no dejar este mar exclusivamente en manos norteamericanas. La recuperación de su sentimiento de potencia global le ha llevado a retornar su mirada hacia uno de los lugares geopolíticamente más relevantes, por su ubicación y por la confluencia en su entorno de importantes recursos energéticos.

No es hasta 2010 que los buques rusos vuelven a aparecer en estas aguas, casi veinte años después de su marcha, y dicha presencia se convierte de nuevo en permanente desde 2013. Hasta 2015 no se conoce lo dispuesto en los planes estratégicos rusos, en concreto en la Doctrina Marítima de la Federación Rusa, que se concreta en la decisión de reforzar la presencia de su Flota en el Atlántico, el Ártico y el Mediterráneo, incluyendo la condición de permanente en este último mar.

Tartús, renovada importancia

Desde 1971, la URSS primero y luego Rusia, mantiene en el puerto sirio de Tartús una base naval. En 1980, la URSS y Siria firmaron un Acuerdo de Cooperación Militar. Hoy en día, esa sigue siendo la única base naval que Rusia mantiene fuera de sus fronteras y, por lo tanto, en el Mediterráneo. Pese a la ausencia de presencia significativa y de flota permanente, Rusia nunca dejó de contar con Tartús ni la abandonó, aunque bien es cierto que su mantenimiento dejó mucho que desear y su uso era más que esporádico. La zona portuaria que utilizaba dentro de esas instalaciones se antojaba muy reducida y ni los diques ni el calado disponible permitían la reparación y el atraque de buques de la Flota rusa de grandes dimensiones.

Tartús es un puerto comercial sirio donde una parte del mismo es utilizado por la Armada rusa, por lo que se trata de una instalación de doble uso. Hasta hace unos pocos años, seguía siendo considerado un Centro de Mantenimiento de la Marina rusa, nada más, y las pocas tareas que se desarrollaban para conseguir que siguiera activo se limitaban al periódico dragado de sus zonas de atraque y accesos. La base militar cayó en un evidente estado de deterioro, al igual que toda la Flota rusa.

El 18 de enero de 2017 los gobiernos de Rusia y Siria firmaron un nuevo acuerdo para la ampliación y uso de esta base, pese a que las noticias sobre el inicio de las obras se comenzaron a difundir meses antes. El proyecto, ya en marcha, contempla un sustancial aumento del terreno hasta ahora ocupado, que incluye «el desarrollo y modernización de su infraestructura para llevar a cabo reparaciones y avituallamiento, así como para el descanso de tripulaciones», según difundió la agencia estatal *Sputnik* en esas fechas. La nueva base, porque en realidad se prevé una ampliación que permite hablar de unas instalaciones totalmente renovadas, tendrá capacidad para albergar hasta once navíos a la vez, cuando hasta ahora no podían entrar más de cuatro y de mediano porte, asumiendo Rusia la defensa de la misma por mar y aire, mientras que Siria se encargará de asegurar sus límites terrestres. El acuerdo incluye la autorización para que atraquen buques de propulsión nuclear, así como el derecho a portar todo tipo de armamento. La vigencia del mismo será por 49 años, prorrogable por otros 25.

Fuentes militares rusas, citadas por medios de Moscú cuando se difundió la firma de este acuerdo, explicaron que cuando estén finalizadas las obras Tartús «se convertirá en una base naval dirigida por un vicealmirante de la Marina», rusa, por supuesto. Se calcula que las obras tendrán una duración aproximada de dos años desde su inicio.

La Task Force rusa del Mediterráneo, fundamentalmente compuesta por buques y navíos de la Flota del Mar Negro, cuenta en estos momentos con una quincena de unidades, entre submarinos, fragatas, corbetas, buques de aprovisionamiento, de inteligencia, de medidas contra minas y desembarco. La base naval de Sebastopol, en la península de Crimea, es el cuartel general de la Flota del Mar Negro y desde la que se proyecta buena parte de la fuerza naval rusa al Mediterráneo a través de los estrechos turcos. La gran relevancia de este paso para la Flota rusa ha sido siempre un elemento clave en las relaciones con Turquía y un problema permanente, dado que, no hay que olvidarlo, este último país es miembro de la OTAN. Sin embargo, y pese a que al comienzo de las hostilidades en Siria las relaciones entre ambos se agriaron tras el derribo de un caza ruso en las cercanías de la frontera turco-siria y el asesinato posterior del embajador ruso en Ankara, lo cierto es que ambos países han sufrido un proceso de acercamiento, propiciado por Moscú, hasta el punto de aparecer como aliados en este conflicto, con Irán como tercero. El giro que se ha producido también en este caso ha sido de envergadura.

No puede dejarse a un lado que la Convención de Montreux de 1936 concede a Turquía el control de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, que unen el mar Negro con el Mediterráneo. La enmienda sufrida en 1982 por esta Convención no hizo más que reforzar esa capacidad turca, dado que este país no ha suscrito la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (1994), que modificaría lo establecido en Montreux para los estrechos, por lo que la Convención de 1936 sigue siendo plenamente aplicable a los estrechos turcos.

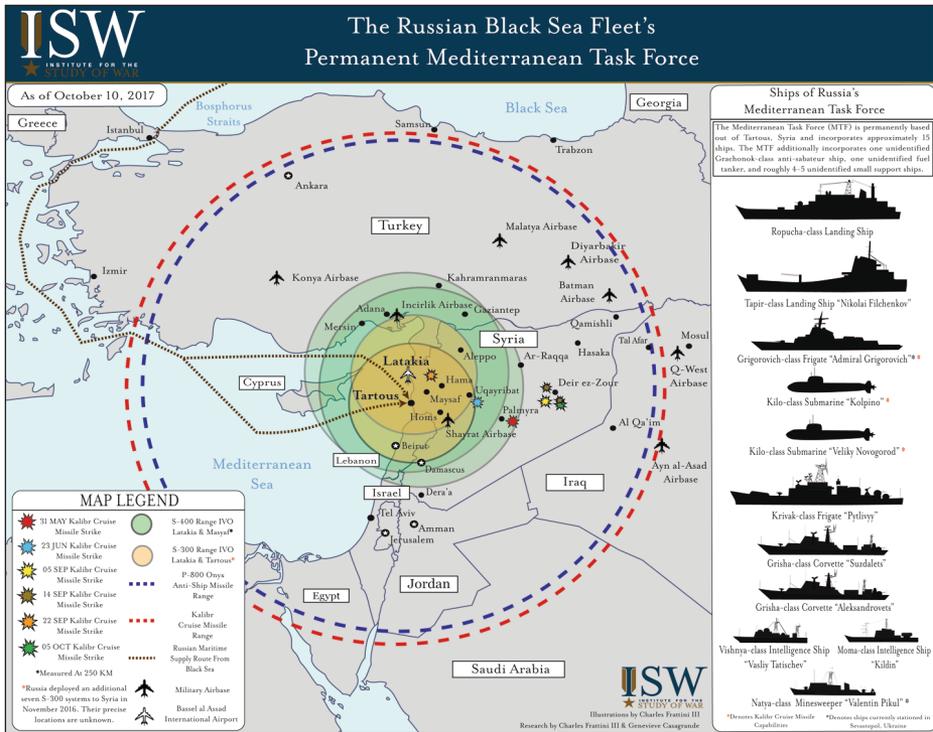


Gráfico del Institute for the Study of War (10/10/2017), donde se muestra la capacidad rusa de negación de área y acceso en el Levante mediterráneo y la composición del despliegue conocido de la Task Force rusa en el Mediterráneo en la fecha indicada.

La protección de las bases sirias

La base de Tartús se ha utilizado en los últimos años, casi sin restricciones, para suministrar equipo y material al ejército sirio, además de para desplegar los sistemas de seguridad que dan protección a las dos bases rusas en este país. Casi todo el material terrestre utilizado por Rusia ha sido transportado por buques hasta este puerto mediterráneo. Además, es el punto de desembarco notificado para los infantes de marina rusos que dan seguridad a las instalaciones y personal desplazado, según el Institute for the Study of War.

Hace algo más de un año, en octubre de 2016, el Ministerio de Defensa ruso confirmó que había desplegado en Tartús el sistema de defensa aérea S-300. Con anterioridad, la seguridad aérea de la base estuvo a cargo de buques de la Flota rusa dese el Mediterráneo, armados con el sistema Fort,

basado en el mismo S-300. Desde finales de 2015, como consecuencia del derribo de un caza ruso por parte de la defensa antiaérea de Turquía, las fuerzas rusas desplegadas en la base aérea de Jmeimim ya estaban siendo protegidas por el sistema de misiles S-400, de mayor alcance, y que cubre la práctica totalidad del territorio sirio, el sur de Turquía, el norte de Jordania, parte de Israel y la práctica totalidad de Líbano y Chipre.

La base naval de Tartús se complementa con la citada base aérea de Jmeimim, a 40 km de la anterior, en la provincia de Latakia, fruto de la ampliación y acondicionamiento del aeropuerto Bassel Al-Assad, que se ha anunciado se va a convertir también en base permanente rusa y desde la que ya actúan, desde septiembre de 2015, sus fuerzas aéreas en la campaña siria.

Tanto los sistemas desplegados para proteger las dos bases, como los que equipan a los buques de la Flota rusa desplegados en el Mediterráneo oriental, otorgan una potencial capacidad de negación de área y acceso nada despreciable en una zona tan sensible y con tantos actores involucrados. De ahí que la presencia rusa, ya confirmada como permanente en estas aguas y en sus dos bases sirias, vaya a tener una relevancia para todo el Levante mediterráneo que iguale o supere a la de otras épocas.

Pero solo con Tartús, pese a su ampliación y potenciación, el nuevo despliegue ruso en el Mediterráneo no tendrá suficiente. Igual que en la época de la Guerra Fría, y este fue uno de los verdaderos puntos débiles de aquel despliegue, los buques precisan para mantenerse de forma permanente y efectiva en este mar de otras bases o puertos seguros para avituallamiento, reparación y descanso de sus tripulaciones. Si Tartús aspira a ser la gran base rusa en el Mediterráneo oriental, no es descabellado pensar que la otra u otras deberán estar en la zona central, en el Mediterráneo occidental o en ambas.

Marruecos está siendo convenientemente cortejado desde hace tiempo. Rusia firmó con este país en 2012 un Acuerdo de Cooperación Militar y Técnica, a lo que se añade el hecho de que Rabat busca desde hace algún tiempo nuevos socios estratégicos para su política exterior. El país norteafricano ha puesto sus ojos también en el submarino de cuarta generación de la clase *Amur 1650*, de los astilleros rusos Rubin (Oficina Central de Diseño de Ingeniería Marina) con sede en San Petersburgo. Este es una evolución de los de la clase *Kilo*, según la denominación OTAN, de la época soviética.

El tradicional alineamiento del trono marroquí con los Estados Unidos hace poco probable ese acercamiento de gran calado estratégico con Rusia, pero sucesivos desencuentros diplomáticos entre ambos aliados, a causa casi siempre del no resuelto conflicto del Sáhara, han llevado a determinados medios, como *Le Monde*, a calificar en abril de 2016 de «giro antioccidental de Mohamed VI» su intento de autonomía estratégica, que tuvo su más relevante muestra en dos visitas seguidas a Moscú y Pekín del monarca alauí en los meses de marzo y mayo de 2016 respectivamente. Con ambos países firmó sendos acuerdos de asociación estratégica.

Egipto, sin embargo, resulta una alternativa más plausible para conseguir puertos donde atracar su Flota. Hasta 1972 ya tuvo la antigua URSS bases en este país. En octubre de 2016, y citando fuentes oficiales rusas, se difundió la información de que las conversaciones para sondear esa posibilidad ya estaban en marcha. En concreto se habló de Sidi Barrani, en la costa egipcia, cerca de la frontera con Libia. De concretarse, se apuntaba la fecha de 2019 para su entrada en funcionamiento. A esto se une la práctica de ejercicios militares entre ambos países, como los realizados del 15 al 26 de octubre de 2016 por parte de fuerzas aéreas y paracaidistas rusas y egipcias en el desierto de Al Alamein.

En el plano político y comercial, Egipto ha vuelto a realizar compras masivas de armamento ruso —parte del cual, y según algunas fuentes, alimenta el conflicto libio— y a recibir préstamos de decenas de miles de millones de dólares con destino, entre otros, a la construcción de la primera central nuclear de este país norteafricano. Egipto es, además, uno de los principales importadores de trigo ruso.

Libia también podría ser una opción para esos ataques, pero para ello habría que esperar a que se encauzara adecuadamente el actual conflicto interno que impide a todas luces una solución a corto plazo. El claro apoyo, aunque no exclusivo, de Rusia a Khalifa Haftar, líder del Ejército Nacional Libio (LNA), una de las facciones enfrentadas por el control del país, abonaría la tesis de que Moscú quiere tener algo que decir en el futuro de Libia. Sin embargo el planteamiento es distinto al sirio, dado que Rusia corteja también a los restantes actores en liza, apostando en este caso por actuar como mediador, buscando una solución negociada pero desde una posición de ventaja.

El objetivo serían de nuevo las relevantes reservas de petróleo y gas del país y las ventajas de su costa mediterránea como base para el atraque de sus buques, en concreto en las proximidades de Benghazi. Mientras se concreta una solución, Moscú ha ayudado a Haftar a poner en uso y actualizar el material bélico de fabricación rusa con que cuenta, para lo cual ha desplazado técnicos a la zona oriental del país y una reducida fuerza de protección para los mismos.

Que Rusia necesita puertos complementarios a Tartús en el Mediterráneo es tan evidente que, hasta hace bien poco y desde el regreso de su Flota a este mar, los buques rusos procedentes del mar del Norte recalaban en Ceuta para su avituallamiento. El debate que se suscitó en el seno de la Alianza Atlántica por la prevista escala, más tarde suspendida, de tres de los seis buques de escolta del portaviones *Almirante Kuznetsov*, de paso para intervenir en los ataques aéreos en la batalla de Alepo (Siria), provocó que este puerto no haya vuelto a ver buques de guerra rusos atracados a sus muelles.

En la última década, la desconfianza ha vuelto a presidir las relaciones entre Rusia y Occidente después de que la OTAN y la UE se hayan ampliado, a petición de los países afectados, hacia el Este y de los acontecimientos en

Ucrania y Crimea. El sentimiento de engaño que abunda entre los dirigentes rusos y la ausencia de una decidida política europea en la zona de Oriente Medio, más preocupada por su crisis económica y política, ha llevado a Rusia a intentar ocupar ese hueco sin tener que emplear grandes esfuerzos, en opinión de Jesús María Pérez Triana, del CIDOB, de igual forma que las relaciones que de nuevo ha establecido con Egipto son fruto del vacío dejado por Estados Unidos en la región.

Conclusiones

Rusia ha vuelto al Mediterráneo de la forma más evidente posible, estableciendo en dicho mar de nuevo una flota permanente, que poco a poco va incrementando sus efectivos conforme los acontecimientos se lo aconsejan. Y lo ha hecho para quedarse, porque su deseo de volver a ser un actor global así se lo exige. Entre otras cosas porque las reservas conocidas de productos energéticos que transitan y los importantes yacimientos de gas natural que los técnicos aseguran existen en la cuenca de Levante de este mar le llevan a desear tomar parte en su control y en su explotación, para lo cual no puede estar ausente ni en lo político ni en lo militar. Con Damasco, por ejemplo, ya ha firmado los primeros contratos de cara al futuro. Siria, además, podría ser en el futuro un territorio por el que pasaran oleoductos y gasoductos desde el golfo Pérsico de camino a Europa. Y en Libia aspira a recuperar la posición que tuvo en el pasado, para lo cual no ha dudado en erigirse en mediador con candidato propio, pero sin excluir otras alternativas.

La relevancia de la presencia naval rusa en el Mediterráneo dependerá de que consiga ampliar su red de bases logísticas más allá de Tartús.

